

**DISCURSO DE ORDEN DEL EMBAJADOR HARRY BELEVAN
MCBRIDE, EN OCASIÓN DEL OTORGAMIENTO DEL TÍTULO DE
DOCTOR HONORIS CAUSA A LOS EMBAJADORES ALLAN WAGNER
TIZÓN Y JOSÉ ANTONIO GARCÍA BELAUNDE, POR LA
UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS, EN
RECONOCIMIENTO A LA LABOR DESARROLLADA
RESPECTIVAMENTE COMO AGENTE Y COAGENTE DEL PERÚ EN
LA CORTE INTERNACIONAL DE JUSTICIA DE LA HAYA**

**Salón General de la Casona, Centro Histórico de Lima
(Lima, 12 de mayo del 2014)**

El singular privilegio que usted me concede, señor Rector, al encargarme recibir, en nombre de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, a dos destacados peruanos que hoy ingresan a estos claustros centenarios, investidos de un doctorado que honra mutuamente a ellos y a nuestra comunidad universitaria, sólo puede explicarse por el hecho, ciertamente circunstancial, de encontrarme al frente del Instituto Raúl Porras Barrenechea, aquel Centro de Altos Estudios e Investigaciones de nuestra Universidad cuyo nombre personifica, acaso más que cualquier otro de entre los insignes maestros sanmarquinos que ejercieron la diplomacia, los lazos indisolubles que, a través de la historia republicana, han emparentado esta Casona con Torre Tagle, entidades del Estado por igual emblemáticas que identifican a dos instituciones tutelares de la nación.

Señor Embajador Allan Wagner Tizón, señor Embajador José Antonio García Belaúnde:

Bien podrán ustedes intuir la emoción que siento por esta dispensa, porque bien saben ustedes, colegas de esa larga travesía de más de cuarenta años en el Servicio Exterior de la república, el alto aprecio profesional y afecto personal que les profeso de antaño. Es por eso que siento como un honor tener que recordar ahora, fuese apenas brevemente, aquello de más apropiado sobre el perfil de ambos que pueda sumar a la histórica labor que realizaron ustedes a lo largo del proceso de La Haya, particularmente

durante estos últimos seis años medulares, y que es la razón tan valedera por la que nuestra Universidad ha decidido incorporarlos entre los más doctos de los suyos; la lectura ulterior de las resoluciones rectorales de titulación, nos ilustrará seguramente sobre otras facetas de su destacado recorrido profesional.

Señoras y señores familiares e invitados, amigos todos:

Si bien es evidente la afinidad física que hay entre los embajadores García Belaúnde y Wagner, cuyas características corpóreas les permiten a ambos mirar al común de las gentes por encima del hombro, aun sin proponérselo, la amistad entre ellos no se iniciará realmente sino hasta el encuentro en las aulas de la Academia Diplomática, fortaleciéndose a lo largo de la carrera y de los años. Es, pues, la vocación diplomática compartida la que ha de juntarlos y no el usual encuentro en el recinto universitario porque, de hecho, el Wagner primigenio se inclinará por las ciencias, mientras que García Belaúnde seguirá la trayectoria familiar de las humanidades.

Efectivamente, Allan Wagner, de mentalidad fundamentalmente científica por la positiva influencia paterna tras la cual asomaba un alto ejecutivo y empresario, cursó estudios de ingeniería química en la Universidad Nacional de Trujillo y en la UNI, con un paso fugaz por el patio de letras de la Universidad Católica, antes de descubrir el universo más sutil, o menos rígido, de las relaciones internacionales al que, desde ese momento, le dedicará su vida profesional. Pero no vaya a creerse que la diplomacia borró en él su sentido analítico, porque ese mismo raciocinio metódico propio de las ciencias según el cual, partiendo de una determinada conjetura se arriba a la premisa tangible, lo aplicará Wagner en sus enfoques de política exterior, principalmente en las dos ocasiones en que se desempeñó como Ministro de Relaciones Exteriores y de seguro, cuando actuó como Ministro de Defensa. Más aún, alguna vez confesaría que su entusiasmo por Mahler o Bach es porque siempre anheló desentrañar la filiación científica del lenguaje de la música, como si esta fuese, ni más ni menos, un sonoro algoritmo matemático cuya mecánica se ocultaría en los renglones del pentagrama. Me pregunto, entonces, si

no fue intuitivamente esa concepción rectilínea de sus cavilaciones músicas y científicas, la que le inspiraron a negociar los trazos que, desde el 27 de enero pasado, delimitan un Mar de Grau engrandecido en unos cincuenta mil kilómetros cuadrados de océano, gracias al esfuerzo múltiple de un conjunto de profesionales que él lideró como Agente del Estado y que García Belaúnde había seleccionado personalmente como canciller. Austero en su comportamiento pero con gran sensibilidad humana, a Allan Wagner se le siente a veces como queriendo esconder detrás de una severa aunque refinada adustez, un sentido del humor siempre discreto porque exento de mordacidad, como dan fe los muchos amigos que sabemos de sus eximias cualidades personales.

Distinto, en cambio, me parece el camino emprendido por José Antonio García Belaúnde quien, con estudios de literatura en la Universidad Católica, ingresaría a la cancillería, como Wagner, por el primer peldaño de la jerarquía laboral, para alcanzar dos décadas luego la máxima categoría profesional, a una edad tan temprana que lo convertiría en uno de los embajadores peruanos más jóvenes que se recuerde. De estirpe humanística —hijo de un paradigma de la magistratura, nieto de un célebre pensador y sobrino de uno de los presidentes más íntegros que ha tenido la república—, este ferviente proustiano a quien su padre llamaría Joselo desde niño, para salvarlo de la redundante banalidad de un cacofónico Pepe, fortalecerá su inclinación por las relaciones internacionales desarrollada en la Academia Diplomática, con estudios de posgrado en la Universidad de Oxford y un trabajo de 14 años como funcionario internacional, que lo dotará de esa especialidad en la cosa económica que desarrolla como catedrático y ensayista y que conjuga tan hábilmente con la devoción literaria que siempre fue la suya. Esa afabilidad innata en él, constante en la conducta y desbordante en sus querencias, le permite igualmente camuflar detrás de una conspicua urbanidad propia a todo conversador apasionado, una fina ironía que no deslucen ni sus impetuosas carcajadas tan contagiosas en sus resonancias. Mal concluiría, sin embargo, estas rápidas semblanzas si soslayara el hecho que la amistad entre ellos se vio reforzada en la adversidad compartida, como consecuencia del violento desafuero de 1992 cuando,

junto a decenas de otros funcionarios, ambos fueron expulsados del Servicio Diplomático con agravios que, si jamás pudieron salpicarlos como individuos, sí dañarían profundamente a la institución; esta sólo se repondría, aunque de otra suerte, una década después, con la gallarda disculpa del Presidente Alejandro Toledo en nombre de un país arrepentido.

Las trayectorias de José Antonio García Belaúnde y de Allan Wagner Tizón explican, pues, por qué estos doctorados son justos y de justicia: justos, porque honran explícitamente a dos prominentes profesionales de la diplomacia peruana que supieron cargar hasta la feliz resolución de un fallo, con la responsabilidad de que se definiera en derecho y beneficio la última frontera de la nación. Pero también lo son de justicia, porque reconocen implícitamente —y exentos de esos prejuicios mezquinos que son ajenos a toda razón académica—, que detrás de esta gesta histórica en La Haya estuvo siempre, acechante, la visión preclara de estadista de quien sería su mentor, el Presidente Alan García, cuyo primer gobierno sintió la necesidad de promover un arreglo civilizado con Chile para trazar esa frontera todavía indefinida de la nación; producto de aquel empeño visionario fue la pica en Flandes inicial que significó el hoy legendario Memorando Bákula, documento precursor de todo el proceso. Y ya en su segundo mandato, ante el fin de no recibir, como suele llamarse en el léxico diplomático la decisión que el vecino le opuso al planteamiento peruano, el gobernante, incitado una vez más por el espíritu conciliador de nuestra mejor tradición diplomática que en ese momento personificaba el embajador García Belaúnde, tal como en su primer gobierno lo había representado el embajador Wagner, se vio constreñido a someter nuestra legítima demanda al veredicto imparcial de la justicia internacional. La prueba irrefutable de que aquella mirada histórica fue perseverante durante casi tres décadas y que jamás se borró en la memoria retentiva del mandatario es, precisamente, que en sus dos gestiones al frente del Estado contó con el apoyo de estos mismos diplomáticos que hoy honramos, en simbólico gesto de una nación agradecida cuya representatividad esta Universidad de San Marcos puede arrogarse, y lo hace.

Señor Rector, señores Vicerrectores:

Dentro de cualquier institución en la que el ciclo de renovación es ínsito a la naturaleza misma de su dinámica, la forma más propicia de evitar vacíos en la memoria orgánica es con el aporte homogéneo con que contribuye cada generación a la identidad colectiva. La Generación del 70 en Torre Tagle, que los embajadores Wagner y García Belaúnde encarnan con tanta dignidad, ha sabido aportar, a través de distintas disciplinas, a la imperecedera memoria institucional, fortaleciéndola. Así, en el ámbito político-diplomático lo hizo trabajando arduamente para obtener una paz permanente con el Ecuador, fijando a perpetuidad en 1998 nuestra frontera terrestre con la firma del Acta de Brasilia y, en el 2011, suscribiendo el acuerdo que estableció nuestra definitiva frontera marítima común, garantizando de este modo el tan exitoso desarrollo que compartimos con ese país amigo. Con entrega semejante, en 1999 otros integrantes de esta generación se abocaron a la firma con Chile del Protocolo Complementario y el Acta de Ejecución de las cláusulas pendientes del Tratado de Lima, y ahora acaba de lograr la demarcación del último de nuestros confines geográficos que permanecía en la indefinición, esa frontera marítima que augura un futuro sin par de entendimiento y de prosperidad para nuestros dos pueblos. Y así como las generaciones que integraron tan ilustres diplomáticos como Porras Barrenechea, Belaúnde, Maúrtua, Ulloa y Solf y Muro (¡todos ellos sanmarquinos!), tuvieron sus dignas herederas en las generaciones de Bákula, Pérez de Cuellar, Alzamora, García Bedoya, Marchand y Arias Schreiber (sanmarquinos en su mayoría), así también la Generación del 70 a la que pertenecen estos dos diplomáticos ejemplares confía, expectante y esperanzada, que el relevo generacional en la cancillería sepa aportar sus logros, distintos pero de similares alcances, como tributo a la preservación de la excelencia de esta institución que, bien a pesar de su contribución permanente al bienestar del Perú, hoy se ve amenazada una vez más por estólicas reformas burocráticas, tan graves como las que pretenden expropiar a nuestra universidad su autonomía, mediante una superintendencia estatal bravucona y agresiva.

Señores profesores y alumnos de esta noble casa de estudios:

¡Qué afortunado, les digo, ha sido nuestro país, cuando esa mano gubernamental —trémula como la es en tantas circunstancias cotidianas, pero tan rígida como fue a la hora de conculcar normas legales, cercenándole a uno de nuestros recipiendarios varios años de vida profesional— fue doblegada por una opinión pública que la forzó a firmar la ratificación de los embajadores García Belaúnde y Wagner como agentes del llamado equipo de La Haya! Porque ese grupo que ellos dirigieron, de hábiles diplomáticos y de destacados juristas de distintas procedencias, tan compacto como la solidez misma de los argumentos que fueron paciente y tenazmente construyendo —puedo afirmarlo porque tuve el privilegio de observar cercanamente toda la elaboración de la Memoria—, ese grupo, digo, se habría visto seriamente afectado con la sustitución, en la penúltima hora, de sus conductores iniciales. Entonces, evocar ahora, con palabras, a ese notable conjunto de profesionales es convocar aquí, con la memoria, a Alain Pellet, Juan José Ruda y Rodman Bundy, a Roberto MacLean, Vicente Ugarte del Pino, Sir Michael Wood y Marisol Agüero, a Jorge Chávez Soto y Edmund Scott, a Eduardo Ferrero y Vaughn Lowe y Gustavo Meza Cuadra y Jaime Valdez, pero también al jurista Tullio Treves y a los destacados diplomáticos Luís Marchand y Manuel Rodríguez Cuadros que, entre otros, brindaron posteriormente su valioso aporte a la fase oral del diferendo, convertidos todos ellos en meritorios tributarios de este homenaje que hoy le rinde a sus dos jefes ésta, la Universidad del Perú, en el marco de un nuevo aniversario que la impele, decidida y confiada, hacia el medio milenio de su preclara existencia.

Porque para el Perú y Chile, sus respectivos equipos en La Haya han sabido abrir grandes las compuertas del entendimiento mutuo, aquellas que no se abrían tan anchas desde la alianza de 1863, ápice de la amistad peruano-chilena al decir del Maestro Raúl Porras, que vio a Grau y a Prat de compañeros en las cámaras de las naves de aquella escuadra libertaria al mando binacional de Blanco Encalada. Mas hoy, esa amistad relegada, acaso, por demasiado tiempo, ya no está más inspirada por un

enemigo común, sino por un común anhelo de progreso que ha de arraigarse definitivamente en dos pueblos destinados a dominar de consuno el Pacífico Sur continental, ese espejo de aguas en el que se refleja la contigüidad terrestre que tuvimos desde nuestro bautizo colonial, y que jamás deberá volver a quebrantarse, ni siquiera por quiméricas “expectaticias”. ¿Podemos comenzar a imaginar, entonces, *la* “nueva agenda amplia” peruano-chilena —ya no un listado más sino aquella única agenda del futuro compartido—, en la que tendríamos gabinetes binacionales y representaciones diplomáticas comunes en algunas geografías de intereses complementarios? La manera ejemplar como nuestros dos países han resuelto su última discrepancia, nos permite vislumbrar semejante horizonte... y que el pisco y el suspiro de limeña, tan importantes por cierto, sean, sin embargo, discordias acotadas por peritos en patentes u otros técnicos en la materia...

Señor Rector, señoras, señores:

Encontrándose esta cita bajo la advocación de Raúl Porras Barrenechea, ese egregio sanmarquino que fue una de las mentes peruanas más lúcidas del siglo XX y cuyo nombre, ya lo dije, vertebró la común heredad de nuestra universidad y de la cancillería, no podría terminar estas palabras sin recordar lo que él advirtió, en la agonía misma de su vida, a los primeros graduandos de la escuela diplomática, alma Mater de los dos homenajeados: “Quiero que sepan —les dijo— que más allá de las prebendas, de los favores y de las ventajas personales, está la dignidad de los hombres y, por encima, la dignidad de la Nación”. Al alcanzar ahora el definitivo alejamiento del ejercicio regular del oficio diplomático, bien saben los embajadores Allan Wagner Tizón y José Antonio García Belaúnde que ellos han cumplido cabalmente, para sí y con el país, con los preceptos de aquel maestro de generaciones. Saben sin embargo por igual que el retiro, para ellos, no ha de rimar necesariamente con jubilación, en tanto que sinónimo de jubiloso descanso de la faena cumplida. Porque ellos saben que la nación podrá requerirlos nuevamente y nosotros, que ellos responderán sin hesitaciones, aunque eso implique postergar nuevas y estimulantes tareas como las que ambos se han

comprometido a emprender –¡y les tomamos la palabra!-: la de escribir sus respectivas memorias, que todos esperamos con la ávida curiosidad del lector de antemano agradecido.

Allan, Joselo: ¡bienvenidos a los claustros sanmarquinos!

* * *